

FRANCISCO HIGUERAS

EL CÍRCULO DEL VACÍO



 Círculo Rojo
comunicación

Primera edición: junio 2021

Depósito legal: AL 2512-2020

ISBN: 978-84-1374-900-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Francisco Higuera

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: DepositPhotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright, al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso de autor y editor. Al hacerlo, está protegiendo a sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

*Para quien se halla tan aislado. A quien, reflejado a través de sus ojos,
el mar es solamente un charco.*

«No te afanes, alma mía, por una vida inmortal,
pero agota el ámbito de lo posible».

Píndaro.

La vida aquí relatada no versa sobre el ascenso y decadencia de un aristócrata o monarca, asunto por el cual respetables filósofos y literatos han sellado algunas de las páginas en blanco más hermosas que ha conocido el hombre, relatándolo como la peor de las tragedias.

Por otra parte, y entendiendo que todos somos hijos de nuestro tiempo, sería digno de consideración preguntarse si acaso infravaloraban el agujero enconado de miseria y anhelo de las dulzuras y comodidades de aquellas frentes sucias sobre las que sus regias botas áureas descansaban. Aquí la caída es perpetua, la única organización es la del vacío. Se trata, pues, de un sendero más sencillo: el de una vida que no tiene nada que ofrecer.

«La sangre de mis víctimas late en mí, incluso la de aquellas a las que no he aniquilado con mis propias manos. En ellas hay una parte de mi muerte, y en mi interior sobrevive un poco de su aliento.

Mi carne se descompone al ritmo que el tiempo del mundo expira; ese día en el que atruenen las trompetas y los mares se desborden. Cuando todas las bestias muestren su verdadera forma y reflejen nuestros horrorizados rostros en su convulsionada sonrisa. La tierra se desquebrajará y los cielos caerán sobre nosotros ante la estremecedora carcajada de la eternidad.

¿Qué podremos hacer llegado el momento? Nada tendrá validez ante nuestros temblorosos ojos, mucho menos los llantos de no haber actuado a tiempo. Tras los lastimeros pasos de una raza fracasada solo prevalecerán los ecos resonantes del etéreo, alimentando así el infinito espacio con el sufrimiento y dolor agónico que ha desarrollado el espíritu del ser humano desde el principio de los tiempos.

El exterminio total no es tan lejano. ¿Por qué, entonces, aun en un asesino como yo, perseveran ideales más elevados? En la oscuridad no me encuentro con mis demonios, pues yo mismo soy uno de ellos y todos. Sólo ya de mí me aterro».

¿Es esta la historia de un desvanecimiento más que el camino de la renovación gradual de un hombre? ¿Acaso no sean la misma cosa?

¿Una senda cuya creencia reza que es mejor nacer muerto que apagarse lentamente? ¿El correlato de una persona que encuentra el conocimiento sobre sí mismo en otra realidad completamente nueva, siguiendo ese impulso ciego y primigenio de abarcar una nada infinita, circular?

Al lector, pues, le queda ser juez y verdugo de estos fragmentos de un desconocido. Y quizá durante el recorrido —a través de un gesto, un suspiro o una lágrima— reconozca que también habita algo de mi sangre en su interior.

Prólogo

*«... ¿Cómo caíste desde el Cielo, estrella brillante, hijo de la Aurora?
¿Cómo tú, el vencedor de las naciones, ha sido derribado por tierra? En
tu corazón decías: ‘Alzaré hasta el Cielo, y levantaré mi trono encima
de las estrellas de Dios..., subiré a la cumbre de las nubes, seré igual al
Altísimo’... Mas, ¡ah!, te sumiste en las honduras del abismo...».*

— Is.14, 12-15.

En la antigua Roma, en los albores del año 350 a. n. e., se erigió un templo en honor a la diosa Juno. Según cuenta la historia, había advertido de un terrible peligro: el peligro de una invasión enemiga, de la cual el pueblo romano pudo salvarse gracias a su arbitrio.

Aquel templo, en latín, se dedicó a IUNO MONETA: ‘Juno, la que advierte (o amenaza)’. No obstante, con el transcurso del tiempo, popularmente el nombre quedó reducido simplemente al epíteto de «moneta».

Junto a este templo se instaló una ceca, lugar donde se acuñaba la moneda. En virtud de la relación del lugar y el producto, a las piezas de metal que ahí se producían y que representaban el dinero se las empezó a llamar moneta, abandonando la vetusta denominación de «nummus».

Esta exacta conexión histórica, y no otras posibles de cantidad incalculable, es la que nos ha legado la actual palabra «moneda» que utilizamos para nombrar al dinero. Un vocablo que, ya en su propio significado original —y desligado por completo de su significado actual—, pierde cualquier rasgo de inocencia y carga en sí la reminiscencia terrible y el peso

histórico de una profecía: la de la amenaza, que no hará sino cumplirse en el desarrollo de su sangriento devenir. Lo relatado a continuación no es más que otro capítulo de su leyenda...

I

... La existencia como suicidio mediatizado...

New Jersey, 11/09/1975

Ludwig Undertow era el nombre que me habían dado, o de eso me convencieron, puesto que el nombre es algo más parecido a la fe que a la certeza. Acababa de ingresar en la organización criminal más reputada del norte de New Jersey, bajo la autoridad de un hombre llamado Charles McHale. A pesar de mi relativa juventud era un veterano de la invasión de Vietnam: lugar del cual regresé de nuevo a Norteamérica a propósito de una herida de bala alojada en la pierna —tras haber sido herido previamente en el hombro— solo para ser encerrado en la cárcel al convertirme en objetor de conciencia. Requirió de una considerable burocracia y favores personales: como siempre que se trataba de sellos, influencia y política. Pero finalmente, a través de un viejo amigo llamado Joel Faulkner —el cual ostentaba un importante puesto en dicha organización—, conseguí salir de prisión una vez cumplido un moderado tiempo.

Aquella noche de septiembre decidí ingresar en un tugurio de mala muerte. Afortunadamente, el único asiento en la esquina se encontraba libre, de modo que me acomodé y pedí un Jameson. Observé que había más gente de la que esperaba. Todos los hombres eran de gran altura y de complexión robusta, parecían fuertes e irascibles. Unos pocos estaban acompañados de

mujeres. No resultaba complicado darse cuenta del patrón de similitud que compartían aquellas mujeres, y es que aparte de contar con varias heridas en los brazos y la cara no caminaban, sino que se arrastraban imperceptibles. Los hombres jugaban al billar mientras ordenaban a sus acompañantes, con agresivas formas y elevado tono de voz, que les llevaran más copas. Tan solo a primera vista aquellos hombres habíanme transmitido una sensación desagradable, y transcurridos los minutos, sin duda, consiguieron irritarme en gran medida. Bebía mi tercer vaso de *whisky* cuando las voces se convirtieron en gritos y uno de ellos abofeteó a una mujer, de manera que la hizo caer al suelo provocándole una hemorragia en el pómulo. Nadie, como era natural tanto en ambientes similares o más lujosos, pareció interesarse por el incidente. Otra mujer, una chica pelirroja que aparentaba más edad de la que seguro tenía, la acompañó al cuarto de baño para atenderla. Yo quedé mirando fija y severamente a aquellos dos primates de la mesa de billar. Uno de ellos era muy alto, calculé que quizá llegaría a los dos metros de altura. Era calvo y lucía un frondoso bigote que por ambos lados le llegaba hasta la perilla. El otro hombre llevaba un pañuelo sobre su melena y vestía con una chaqueta vaquera bastante excéntrica. Me figuré que pertenecerían a alguna banda de moteros. El calvo, que fue el osado que golpeó a la chica, me llamó la atención:

—¿Qué miras, puta basura?

No es que yo pensara que fuese una especie de justiciero, al contrario, ni que tenía que ir al rescate de todas las personas que sufriesen cualquier acto de agresividad injustificada, sin embargo, cuando un suceso como aquel ocurría antes los propios ojos de uno, y además manifestando palmariamente que eran personas en busca de violencia, mi conciencia impedíame no sublevarme.

—Sólo estoy viendo cómo reafirmas tu masculinidad —contesté mientras me levantaba para marcharme de allí, conservando la calma a pesar de todo, pues tampoco quería inmiscuirme en más problemas después de mi salida de la cárcel.

El del pañuelo sobre la cabeza soltó una carcajada irónica.

—¿Vas a dejar que te hable así, John?

El tipo, por lo visto llamado John, se aproximó hacia mí lentamente con la intención de propinarme una paliza. Se detuvo chocando su pecho

contra el mío y mirando hacia abajo. El camarero, por otra parte, no había movido un dedo y nada indicaba que no fuese a continuar así. Sospeché que los dos sujetos a los que estaba importunando eran sus amigos o, al menos, muy buenos clientes.

—Mira, John —añadí dirigiéndole una mirada cansada al tiempo que lo apartaba de mi camino con la mano—, no quiero ningún problema, así que ¿por qué no te vas a que te saque la leche tu amigo de la pañoleta y reivindicáis vuestro derecho de oler a ojete?

Su réplica no se hizo esperar. Instintivamente me empujó agresivamente contra la barra, provocando que me dañara los riñones; pude sentir enseguida que el tipo era fuerte. Conocía de manera suficiente la calle y a ese tipo de personas como para saber que atacaría con más fuerza una próxima vez, de modo que yo no tendría margen para actuar, así que decidí anticiparme: le lancé a los ojos el resto de *whisky* que me quedaba en el vaso y logré cegarle con éxito durante unos segundos, los suficientes para poder asestarle un rodillazo en sus partes bajas y dejarle prácticamente derrotado. Yo no era especialmente musculoso, pero tenía experiencia en peleas callejeras y sabía cómo moverme, aunque sobre todo era consciente de que cualquier baja tenía cabida, y jamás vacilaba, golpeaba siempre sin reservarme y a la primera.

Antes de que tuviera tiempo de visualizar la situación y de examinar el efecto de mis actos, se abalanzaron sobre mí el tipo del pañuelo y otro hombre de extrema gordura que acababa de entrar al lugar. Acto seguido, aquel instigador del pañuelo me rompió el taco de billar en la pierna. Yo no pude evitar hincar la rodilla en el suelo y propeler un grito de dolor. Intenté alcanzar la *jambiya* que portaba oculta en mis zapatos, pero el rollizo amigo me sujetó del cuello imposibilitándome toda acción.

—¡Ya lo tengo, Paul! —gritó al tipo que llevaba el pañuelo.

Yo intentaba defenderme a toda costa de los golpes de Paul con el taco de billar, lanzando patadas violentas al aire. Cuando las mujeres, de repente, salieron del cuarto de baño observando el revuelo, intentaron separar de mí —que ya sangraba por la nariz y la boca— al hombre orondo, mientras exclamaban el nombre de Randy. Aproveché el desconcierto que las mujeres causaron alrededor del regordete para deslizar mi pierna derecha por detrás de la suya y dejarme caer hacia atrás con el objetivo de aprovechar su peso y

hacerlo caer. A continuación me las arreglé para levantarme rápidamente y detener el golpe de Paul con la otra mitad del palo agarrándole de la muñeca. No obstante, él fue más veloz en reaccionar y pudo conectarme un puñetazo en la mandíbula que me hizo retroceder, quedando ligeramente aturdido. Con toda la conciencia que me quedaba intenté ponerme en guardia para atacarle otra vez, aunque la realidad era que aquella trifulca había terminado para mí y que tendría suerte de no acabar en una ambulancia. Entretanto, John, todavía dolorido, había logrado ponerse en pie. Después de recomponerse consiguió golpearme con toda su rabia haciendo uso de otro taco de billar, esta vez en las costillas. En aquel instante mi cuerpo cedió completamente y me desplomé al suelo. Mi mirada se tornó borrosa, sin embargo, atisé que John se sentó con dificultades en una silla. No se había recuperado completamente, por lo que sentí un estúpido orgullo. Posteriormente Paul acudió en su ayuda y Randy quiso seguir pateándome en el suelo, hasta que al fin el camarero decidió mediar en el linchamiento.

—Ya basta —dijo con un tono de voz firme y autoritario—. Sacadlo de aquí.

—Deberíais cambiar de vida —balbuceé con la voz entrecortada y con dificultades a causa del intenso dolor en las costillas.

Enseguida me arrepentí y reparé en que no era nadie para decir aquella frase. ¿Era posible no pecar de hipocresía más de una vez en la vida? Sea como fuere, honestamente esperé que mi acción no les generara más problemas de los que esas mujeres ya tenían, como por ejemplo, que tales hombres repitieran en sus cuerpos lo que acababa de ocurrirme a mí. Randy y otra silueta que no reconocí me sacaron de aquel tugurio, arrojándome hacia el callejón de al lado entre bolsas de basura. Por fin podía respirar tranquilo a pesar de todo el dolor de mi cuerpo y de encontrarme en medio de desperdicios. Me concedí unos minutos para incorporarme. Pensé que seguramente tendría un par de costillas fracturadas, varias contusiones, algún que otro rasguño en la cara y la rodilla bastante magullada. Asumí que el balance podría haber sido peor. No supe por qué, pero me reí fugazmente antes de que el dolor en las costillas me lo impidiera..., acaso por lo ridículo de la situación. Siempre me pareció un arma de doble filo ser incapaz de perder la sonrisa: ¿no te privaba de algo más importante de lo que te retribuía? En la lejanía pude distinguir el repetitivo sonido de las sirenas de una ambulancia y resoplé con desaprobación y rechazo. Imaginé que la hicieron llamar, con toda bondad,

aquellas dos mujeres; mas desde luego no me hacían ningún favor. Entonces pensé en la cruel ironía de la vida.

Antes de que la ambulancia llegase al sitio exacto, y en un acertado arrebató de ira, me atreví —y mis heridas me lo permitieron— a prender fuego a todas las motocicletas estacionadas. Hui raudamente de aquel lugar al tiempo que las llamas iban acrecentando con la sublime excitación que aquella última acción provocó en mí. Me dirigiría hacia una parada de autobús que me dejara próximo al apartamento en el que habitaba de alquilado. Me detuve unos minutos para intentar vomitar en una esquina, pero no lo conseguí. Seguí con mi camino... Aprecié el hecho de que aún pudiese sobreponerme a tal magnitud de dolor físico.

Cuanto más separado estaba de mí mismo más cercano sentía al mundo, y cuanto más quería ser yo mayor era mi sensación de vacío. La imperecedera sensación de que una poderosa fuerza —tanto de dimensión metafísica como óptica— actuaba a través de la sociedad corriente y nos dominaba: no destituir, no sentir, no ser uno mismo. Desistir, no sentir, no ser, no engendrar multiplicidades. Que la propia substancia del ser humano —al contrario de lo que había pensado toda corriente filosófica— realmente pereciera sin que nuestra propia raza hubiese sido exterminada factualmente. La existencia impregnada de esa perenne e injusta tristeza —nuestro nuevo pecado original—, que en realidad solo se percibía mas no se expresaba, debido a que no había en las palabras suficiente verdad para expresar lo sentido. Pues me parecía que cuanto más grande era una tristeza menos podía aprehenderse mediante lo expresado. No quería decir que no se padeciera, sino que la palabra resultaba una mera reducción: su realidad era inalcanzable a merced de otra expresión que no fuese la misma angustia o agonía. Aquello era lo real..., y lo expresado nada más que un fingimiento de la misma.

Con el máximo pundonor posible continué deslizándome por las calles, aquejado de mis heridas, avanzando con pasos lastimeros hasta que encon-

tré una parada de autobús que tuviese servicio nocturno y una ruta que pasara por mi barrio. Aguardé al transporte apoyando la espalda en una pared, haciendo que sostuviera casi todo mi peso.

Una vez dentro tomé asiento, abstraído, mirando hacia arriba con los ojos cerrados e intentando contener el dolor. Sudaba sin descanso y mi cabeza daba vueltas. Unas voces me despertaron del ensimismamiento:

—¡El dinero, hijo de puta! ¿Acaso crees que me gustas, pedazo de mierda?

Miré hacia la derecha lentamente. Vislumbré a una joven, no más de dieciséis años, pensé, que se encontraba de rodillas frente a un mendigo de barba rala y extensa con el pelo blanquecino. En aquel momento yo comencé a toser sangre. Me sujeté al asiento más cercano y continué tosiendo dolorido, dejando un considerable charco de sangre en el suelo. Porfíe por no perder el conocimiento, y la joven muchacha se puso a forcejear con el mendigo reclamando su dinero.

—¿Crees que tengo algo, condenada furcia?

La chica logró meter las manos en los roídos bolsillos de aquel hombre en busca de dinero. El indigente, entonces, la empujó y le propinó una fuerte bofetada en la cara, haciéndola retroceder y causando una ligera hemorragia en el labio. Yo perdí fuerzas y me caí mientras respiraba afanosamente. Apenas sucederían unos minutos cuando el autobús se detuvo súbitamente en mi parada. La chica salió inmediatamente detrás de mí, y el hombre del pelo blanco se tumbó para intentar dormir. Me palpé los pantalones en busca de mi petaca, pero no la encontraba; debió de haberse extraviado durante la pelea. Solo en aquel momento me di cuenta de que tenía la camisa completamente rota por la manga derecha.

—¡Eh, tú! —gritó la chica—. ¿Qué mirabas antes...? ¿Te pongo cachondo o es que simplemente te gusta mirar cómo pegan a una mujer? No has movido un pelo.

Me di la vuelta extenuado y la observé minuciosamente, escudriñándola. Detrás de su aspecto andrajoso y maltrecho pude vislumbrar con latente e intensa claridad que se escondía una joven frágil, portadora de aquella fragilidad particularmente noble que residía en la propia dureza. Su piel era tan blanca como la luz que alumbraba su abismo. La frágil ar-

madura no conseguía proteger el hecho de que en su tormentosa esquiva mirada apreciábase que había llorado lágrimas más profundas e injustas de lo que era posible o imaginable para muchos. Esas lágrimas parecían ser la explicitación de una tristeza indescriptible: la de ser testigo y víctima de una dosis de dolor infligido mayor al grado de verdad que los demás éramos capaces de aceptar. En aquel rabioso y triste escorzo de sus ojos grises languidecía un dolor que esperaba ser mencionado —por eso, a la postre, atestigüé que su preciada sonrisa era tan poderosa—. Por otra parte, su rasgo físico más característico también se hallaba en su mirada, y no era otro que una mancha en el ojo, de forma tan particular que le parecía hacer la pupila vertical, como un gato o un zorro. La chica lucía excesivamente delgada y era de baja estatura. La ligera encorvación que recaía sobre su espalda y los hombros parecía mostrar el peso de las rotas y marchitas alas de la inocencia nunca vivida, de la injusticia que cometía quien esperaba algo de un desconocido. Su cabello castaño no era especialmente largo, y lo llevaba desaliñado y sucio, y la pobre vestimenta intentaba realzar conscientemente sus partes más eróticas y sexualizadas, empero, por mucho que lo intentara —y en su situación la edad era indiferente—, tampoco podía ocultar que aún no era una mujer completamente desarrollada. Su fisonomía se mostraba repleta de magulladuras; en la cara y las comisuras de sus protuberantes labios pintados de tono carmesí se hallaban las más destacadas. Ni siquiera quise figurarme de qué gravedad serían las heridas que no se encontraban a simple vista... El sufrimiento que padecía aquella chica no necesitaba de las vanas oraciones que ondulaban en el aire, sino de otra cosa muy distinta.

—No sé hasta qué punto te mereces una bofetada para reaccionar —pude decir actuando con una prepotente autoridad, como toda autoridad—. No quiero tener nada que ver con la espiral de mierda en la que estás metida. No sé cuándo se te torcieron las cosas..., pero comer pollas de viejos indigentes no es la solución.

La chica profirió una carcajada.

—Tú no me parece que tengas menos problemas que yo —replicó ella asertivamente—. No estás en ninguna posición de dar lecciones. —Negué con la cabeza de manera incrédula y retomé el camino para volver a mi apartamento—. ¡Oye, oye! ¡Eh, espera! No te pongas así... —La chica se me acercó cambiando radicalmente de actitud, agarrándome del hom-

bro—. ¿Quieres jugar un rato? Te ayudaré a estar mejor. —A continuación me apoyó contra la pared y procedió a quitarme el cinturón. Yo inmediatamente la detuve con vehemencia. Ella retrocedió disgustada—. ¿Cuál es tú problema? ¡Eres maricón?! —gritó extendiendo las manos—. ¡Que te jodan, perdedor!

Haciendo caso omiso a sus palabras saqué de mi cartera lo que me quedaba de dinero, unos veinte dólares, y se los lancé despectivamente. Ella esbozó una irónica sonrisa en su castigado rostro.

—Hace tiempo que no veo a un tipo tan fracasado como tú...

Volví a darme la vuelta y anduve hacia mi apartamento extrañamente apenado, con su última frase resonando en mi cabeza. Me cuestioné si haberle dado ese dinero fue un error, sin embargo, deseché tal pensamiento, por mucho que pudiera utilizarlo para cualquier fin en el que eventualmente encontrara la muerte..., ya que, ¿no sería aquello un destino más dulce que ver la luz de la mañana un día más en las mismas condiciones?

Una vez entré en el apartamento me vendé cuidadosamente las costillas y la rodilla con algún que otro problema. Posteriormente me lavé las heridas de la cara. Y, por último, antes de acostarme, tomé unos analgésicos con un vaso de *whisky*. Intenté dormir unas horas sin poder borrar de mis pensamientos a aquella chica despeinada, con ojeras y de tez pálida, que emitía señales de humo. Aquel grito personificado de la nuda vida.

Al día siguiente me propuse salir a la calle de nuevo para tomar unas copas. No era muy propenso a socializar, no obstante pensé que me sentaría bien tomar aire y beber un rato. Aquel día decidí ir a un local de confianza al que yo era muy asiduo, llamado La Vaca Multicolor. Generalmente predominaba un ambiente rabioso, aunque sin personas que fueran en busca de problemas con gente que no los deseara. Recuerdo que hablé durante un buen tiempo entre risas disfrazadas de decepción con el camarero de ascendencia alemana, en especial acerca de la política exterior de los Estados Unidos, tema de conversación derivado por unas anécdotas que le narré

sobre mi tiempo en Vietnam. A pesar de todo, opté por terminar la velada temprano y tomar los últimos tragos en el apartamento escuchando piezas de música clásica.

Las heridas de mi cara habían mejorado considerablemente de un día para otro, mas tanto las costillas como la rodilla aún provocaban que apretase las mandíbulas a consecuencia del dolor. Me encendí la pipa y anduve hacia la estación tomándome mi tiempo, pues no quería desafiar mucho a mi resistencia. Hacía una noche bonita, con un frío seco y un cielo claro que dejaba contemplar la inmensidad de las estrellas y la gracia de la luna, haciéndole a uno sentir más pequeño de lo que todavía era. Haciendo pensar en la necia vanidad del genio que, en un mundo a punto de extinguirse, sueña con ser eterno. En algún gélido planeta a millones de años luz ya nos habríamos extinguido: «In girum imus nocte et consumimur igni».

Transcurridos unos minutos bajé en mi parada. Lo único que se veía más allá eran kilómetros y kilómetros de carretera con un asfalto tremendamente erosionado. La acera, por contra, era demasiado angosta y, en su mayoría, pavimentada por molestas piedras. Podían observarse vehículos destartalados que varias personas despiezaban con la intención de revender ciertas partes. También resultaba curiosa la ausencia de bancos en los que poder sentarse. Residía en Passaic City, uno de los barrios más pobres del Estado. Era casi una ciudad subterránea —¿o quizás todas lo fueran?—, principalmente su propia superficie... Ocurría de la misma manera que con las naciones: su propio nombre existía más en nuestra imaginación que en el suelo que pisábamos. La totalidad que alcanzaba a presenciar de forma diaria eran reyertas y pugnas por sobrevivir: drogadictos ausentes de toda vida a su alrededor con las jeringuillas aún colgando de sus venas, y los mismos que algún día fueran padres y madres de familia se encontraban mendigando y viviendo en un descampado. Probablemente, lo más agudo y terrible de la situación en concreto —no obstante absolutizada en el mundo—, resultaba ser que ni siquiera nuestro dolor nos pertenecía, sino que era la consecuencia de un mundo que nos precedía, de un mundo que era *ahora* el nuestro, un mundo que ahora éramos *nosotros*. No ya en vano, tras haber librado una pugna interna en la que prevaleció su sacrosanto deber por encima de su voluntad, Kant arrastró a Dios desde las alturas de los cielos con el propósito de bajarlo a la Tierra, sólo para que más tarde un trémulo Nietzsche lo sepultara y anunciase trágicamente, como portavoz

de la humanidad, nuestro crimen y el advenimiento de *Uno* más terrible. La metafísica no había acabado, se había insertado en todos los pliegues del mundo terrenal. Del crepúsculo de los ídolos a los ídolos del crepúsculo.

De repente me sobrevino una imagen que no pude creer. En mitad de aquella escena, entre cubos de basura en llamas para proporcionar calor, y situada a pocos metros de mí, se hallaba de nuevo la chica que encontré anoche en el autobús. Su rostro reflejaba un aspecto ligeramente mejorado, mas vestía la misma ropa del día anterior. Me figuré que iba a comenzar su jornada, a ser maltratada, violada de nuevo o a saber qué otra cosa... ¿Cómo se le podía llamar a aquello? La joven chica sonrió tímidamente mirando hacia abajo. A mí, en cambio, se me formó un asfixiante nudo en la garganta...

—Oye, tío raro —espetó con un tono de voz grave y tenue—, ¿tienes dinero? Tengo hambre...

La miré con la mano rascándome la nuca, como habituaba cuando me ponía nervioso o sentía vergüenza. Suspiré prolongadamente.

—Ahora mismo iba para mi casa..., en todo caso ven conmigo —contesté sin meditar bien el significado de tal frase—. Allí tengo algo de comer.

Ella aceptó con menos reticencias de lo que pensé *a priori*.

Transcurrió un tiempo verdaderamente incómodo para mí, en el que no mediamos palabra durante los minutos que nos llevó caminar hacia mi apartamento. Un potente nerviosismo me embargó, y no pude pensar con claridad. Simple y flagrantemente a contracorriente con mi manera de actuar, me dejé llevar por las sensaciones que aquella chica provocaba en mí. ¿Quién era? ¿No tenía a nadie? ¿De dónde venía? ¿Acaso no iba a acabar muerta si seguía así...? ¿Era eso exactamente lo que quería aunque no podía dar el último paso?

Introduje las llaves en la oxidada puerta y, tras un giro de muñeca, se abrió, mostrando casi la totalidad del piso.

—Bonita choza... —afirmó ella al tiempo que sus ojos se movían ágilmente por el apartamento.

—A mí me asquea —repliqué encendiendo las luces de la entrada.